

# Se cumplen 40 años de haber llegado fray Vicente Rubio a Santo Domingo\*

María Ugarte España \*\*

Pasado mañana, 29 de agosto, se cumplirán 40 años de haber regresado a Santo Domingo, luego de una ausencia de más de un siglo, la Orden de Predicadores. Tres jóvenes religiosos la representaban: los padres Armando Tamargo, Vicente Rubio y Acacio Fernández. Cultísimos, inteligentes, comprensivos y sobre todo humanos, su llegada fue recibida con entusiasmo por nuestro pueblo. Eran un rayo de luz en aquel mundo oscuro y peligroso de la tiranía; aquella tiranía que había cambiado el histórico y glorioso nombre de la ciudad para ostentar, en forma irreverente, el nombre del déspota.

La venida de estos tres frailes dominicos parecía revivir, repetir incluso, la llegada en septiembre del año 1510 de aquellos otros tres religiosos de la misma Orden —Pedro de Córdoba, Antonio Montesino y Bernardo de Santo Domingo— que hicieron historia con su fuerte protesta frente a la arbitraria explotación del indio por los conquistadores. Su voz, entonces, se extendió como su eco gigantesco hasta dejarse escuchar, dramáticamente, en la metrópoli.

---

\* Publicado en el Suplemento Cultural del periódico *El Caribe*. Santo Domingo, 27 de agosto de 1994, p. 20.

\*\* Historiadora, profesora universitaria y académica supernumeraria de la Academia Dominicana de la Historia.



Cuando en 1954 arribaron a nuestra isla los tres jóvenes frailes de la Orden de Predicadores, tuvieron, como sus antecesores del siglo XVI, que afrontar la estrecheces y las penurias anejas a toda fundación; y como aquellos, recibieron la ayuda de los fieles cuya compasión y bondad contribuyeron a facilitarles su instalación y su desenvolvimiento en su nueva casa.

Una frase se repetía con insistencia en el mundo de los fieles católicos cuando decían a los frailes dominicos recién llegados: "*Hace muchos años que los estamos esperando*".

Tamargo, Rubio y Fernández vinieron acompañados en aquel viaje de hace 40 años por el padre Vicente Beltrán de Heredia, investigador histórico de la Orden, quien se proponía— como lo hizo— dar a conocer durante su breve estancia en el país, la autenticidad de la Bula *In Apostolatus Culmine*, de 1538, probando así la primacía en América de la vieja Universidad de Santo Tomás de Aquino, fundada por los dominicos.

Pronto aquellos tres dominicos, y algunos más que les siguieron, inician sus actividades apostólicas y docentes. Se hacen cargo de los cultos de la iglesia del Convento —que desde entonces deja de llamarse ex-Convento— y de las distintas asociaciones que tenía. Atienden la parte religiosa del Colegio Santo Domingo, ofrecen clases en diferentes centros docentes, incluyendo la Universidad de Santo Domingo, y su labor evangélica se intensifica y amplía rápidamente.

De aquellos tres pioneros de la Orden de Predicadores que llegaron hace 40 años a Santo Domingo, sólo queda entre nosotros fray Vicente Rubio, cuya labor evangelizadora, docente y de investigación adquiere dimensiones incalculables.



Es por lo tanto, a fray Vicente a quien hoy queremos rendir el homenaje que se merece. Homenaje de admiración, de respeto y de cariño. Y es por ello que deseo aprovechar la ocasión que hoy me brinda el aniversario que se cumple pasado mañana para referirme a la labor de este fraile que ha entregado los mejores años de su vida a un país que ha hecho suyo por decisión propia, tendiendo una mano a quien le necesita, brindando un consejo a quien se lo pide, enseñando al que se beneficia de su sabiduría, contribuyendo a que sean menos duros los problemas de muchos, perdonando incluso al que no pide perdón, y comprendiendo los problemas y las angustias de todos.

En una oportunidad en que me cupo el honor de hacer en público una semblanza de este fraile de temperamento abierto y amistoso, estricto y exigente consigo mismo, pero liberal y comprensivo con los otros, dije que lo sentimos tan nuestro que olvidamos que hay en su vida una familia, un lugar de nacimiento, unas actividades previas que fueron la base sobre la cual formó su personalidad, cimentó su cultura y se entregó a la religión. Y voy a recordar aquí, al cumplirse 40 años de estar entre nosotros, algo de lo que dije entonces acerca de este personaje tan querido y tan admirado por todos.

Nació Vicente Rubio en Béjar, en la provincia de Salamanca, España. El padre Rubio ama su ciudad natal, sus paisajes de montaña, su actividad industrial, su historia.

Allí vivió su infancia, su adolescencia y los primeros años de su juventud. Tanto su padre como su madre se destacaron como fogosos oradores políticos; de ahí, sin duda, le viene al hijo el don de la elocuencia. La familia era sana, honrada a carta cabal, trabajadora. Los padres le enviaron a Salamanca a estudiar el bachillerato y cuando iba a comenzar la carrera de Derecho le llegó la vocación. Después de serias reflexiones, escogió la Orden de Predicadores para en ella dedicarse a la



actividad religiosa a la que Dios le había llamado. Era la congregación que mejor se ajustaba a su pasión por el estudio y donde mejor podría ejercitar sus dotes de orador.

A los 22 años profesó en una solemne ceremonia celebrada en Salamanca. Siguió la carrera de Filosofía en la universidad salmantina, y después las de Teología e Historia de la Iglesia. Cursó, además, estudios de Historia de España e Historia Universal. Su vasta cultura incluye el dominio del latín y el griego, el conocimiento del francés y hasta estudios de música. Fue destinado a Valladolid, ciudad en la que se dedicó a la predicación. Ya en Salamanca había recibido un premio de oratoria sagrada. Recorrió España predicando, a la vez que practicaba la investigación histórica.

En 1954 fue destinado a Santo Domingo, adonde llegó el 29 de agosto. Aquí volvió a cursar la carrera de Filosofía, esta vez en la Universidad Primada de América, donde ganó el premio Arístides Fiallo Cabral.

Su labor apostólica se destacó por su oratoria brillante, que atraía a los fieles, e incluso, a quienes no eran muy frecuentes visitantes de la iglesia.

Fue profesor en liceos, colegios y universidades. Director espiritual por varios años del Colegio Santo Domingo, son muchas las antiguas alumnas que recuerdan los consejos, siempre oportunos, que este fraile, comprensivo y bondadoso, les daba en el momento preciso y necesario.

Vivió intensamente la época de oposición al régimen de Trujillo y ayudó a mucha gente que padecía persecución y cuya vida corría peligro en aquellos días aciagos.

Fray Vicente es cofundador de la Universidad Católica de Santo Domingo, donde ofrece cátedras, en las cuales su



cultura extraordinaria contribuye a despertar vocaciones por la historia y la investigación.

He dejado para el final referirme a una de las facetas más destacadas de este religioso dominico: su condición de investigador de la Historia, especialmente de la que atañe a nuestro país. Su permanencia durante largos períodos en el Archivo General de Indias de Sevilla, España, le han permitido obtener en los amarillentos legajos de intrincada escritura, muchos conocimientos de sumo interés acerca de los hechos ocurridos durante el período colonial.

A él se le debe haber esclarecido la verdad sobre el escudo de la ciudad de Santo Domingo: ha escrito y publicado monografías sobre temas relacionados con episodios y procesos del siglo XVI y tiene en preparación otras obras de envergadura, especialmente un cedulario, en las que recoge el resultado de sus pacientes y fecundas investigaciones.

Este suplemento se enorgullece de tenerlo como colaborador. En él ha publicado —y sigue publicando— enjundiosos artículos sobre la historia colonial dominicana, abarcando temas muy variados y, en su mayoría, desconocidos. Su estilo castizo, su riquísimo vocabulario, y en ocasiones su fino sentido del humor, imprimen a estos trabajos una gran calidad histórica y literaria.

En aquella ocasión en que hice una semblanza de fray Vicente Rubio dije, y hoy vuelvo a repetirlo porque sería injusto callarlo, que nada de todo esto podría hacerlo en la forma magistral que lo hace, sino fuera porque Santo Domingo es para él la ciudad de sus máximos amores. Y la conoce palmo a palmo, piedra a piedra y en cada ruina venerable, siente palpar su historia, escucha los latidos de su corazón, revive con el recuerdo a sus moradores y reconstruye



con su imaginación, basada en sus profundos conocimientos, los acontecimientos ocurridos aquí hace ya muchos años...

Rendir un tributo de gratitud y de cariño a este extraordinario religiosos al cumplirse 40 años de su llegada a la Ciudad Primada, es, creo yo, un verdadero acto de justicia.

